

CAPÍTULO IV.

ATAQUE DEL CAMPO ESPAÑOL POR LOS NATURALES.—VALOR DEL ADELANTADO Y DE DIEGO MÉNDEZ.—LOS INDIOS COGEN LA LANCHA DE LA «CAPITANA,» MANDADA POR EL CAPITAN DE BANDERA Y DEGÜELLAN SU TRIPULACION.—DESESPERACION DE LOS ESPAÑOLES.—LA VIOLENCIA DEL MAR IMPIDE AL ALMIRANTE IR Á AUXILIARLES.—EXTREMADA TRISTEZA DE COLON.—VISION Y CONSOLACION MILAGROSA.—EL ADELANTADO Y SU TROPA SE REUNEN Á LAS CARABELAS.—SALIDA PARA LA ESPAÑOLA, RECALADA FORZOSA Á LOS «JARDINES DE LA REINA.»—LAS NAVES MEDIO ANEGADAS SON EMPUJADAS Á LA JAMÁICA DONDE VARAN VOLUNTARIAMENTE EN LA MAGNÍFICA BAHÍA DE «SANTA GLORIA.»

§ I.

El 6 de abril, dispuesto ya el Almirante para hacerse á la vela, unos sesenta hombres de la escasa guarnicion, montando la lancha del *Gallego*, presentáronse al sitio donde estaban ancladas las carabelas para despedirse de sus compañeros. Colon mandó renovar la provision de agua y recoger leña. El bote mayor de la *Capitana* partió á las órdenes del capitan de bandera, Diego Tristan en persona. Iban de remeros tres marineros llamados Pedro Rodríguez, Pero Inaga, Gonzalo Rodríguez y dos grumetes Juan de Miranda y Alonso, criado este último del primer piloto, Juan Sánchez. El maestro tonelero de Sevilla, Juan Noya, ayudado de los dos maestros calafates, Domingo Darana y Domingo el Vizcaino, debian llenar los barriles y prevenir ó remediar los accidentes que pudieran sobrevenir. Solamente iban armados otros dos marinos y el condestable Matteo. Miétras que la lancha navegaba hacia la embocadura del río, que iba á remontar hasta el sitio donde el agua dulce no estaria ya mezclada con la de mar, los veinte hombres que se habian quedado con el Adelantado se hallaban dispersos, unos en la orilla del río, otros con Diego Méndez por entre las chozas.

Aprovechando el Quibian la momentánea disminucion de la guarnicion, mandó cercar el campamento de los españoles. Los indios que iban á sus órdenes «eran más de cuatrocientos armados con sus flechas y cachiporras.» De repente lanzaron

un gran grito, despues otro, al que siguió muy pronto un tercer clamor. Afortunadamente, esos gritos dieron á los castellanos el tiempo necesario para coger sus armas. Comenzó el ataque por una nube de flechas y dardos. En el primer momento cayeron cinco ó seis españoles heridos junto á las chozas, quedando muerto en el acto el contramaestre del *Gallego*, Alonso Ramon. Animados por este buen resultado los indios más bravos, despreciando sus azagayas, se arrojaron con sus mazas sobre el puñado de extranjeros cuyo valor ignoraban aún. «Pero ninguno de ellos se volvía, dice un actor principal de aquella jornada, porque con nuestras espadas les cortábamos brazos y piernas, y les matábamos allí mismo (1).» Diez y nueve indios quedaron muertos de esta manera entre los españoles. Esta pérdida sembró el espanto entre aquella tropa, de la que hacia el Adelantado tan poco caso, que herido como estaba por un dardo, sin hacer caso de su herida, iba en su persecucion armado solamente de su lanza. Retiráronse los indios á los bosques, desde donde lanzaban impunemente sus flechas. El destacamento quedó reducido á trece hombres, porque los marineros Bartolomé Garcia, Julian Martin, Juan Rodriguez, y los grumetes Donis, Bartolomé Ramirez, Alonso de la Calle y Juan Badronji estaban fuera de combate por sus heridas, la mayor parte mortales. El Adelantado animaba á aquel puñado de bravos. Un solo combatiente, muerto de espanto, abandonó su puesto y huyó á todo correr. Habiéndolo notado Diego Méndez, le llamó, y le mandó que volviera, pero en vano. El fugitivo contestó, corriendo siempre, que queria salvar su vida. Apresurémonos empero á decirlo, aquel cobarde que huía en frente del enemigo, no era español; era un lombardo, llamado Bastiano (2).

Miéntas sucedía esto, llegó á la escena del combate la lancha de la *Capitana*. Todos los españoles imploraban su auxilio; pero Diego Tristan, esclavo de su consigna, no quiso atracar, temeroso de que, echándose sus compatriotas á un mismo tiempo en la lancha, donde no estaban estivados los barriles, la hicieran zozobrar, cuyo accidente causaría quizás la pérdida del Almirante. Tuvo el valor de resistir á los ruegos de los oficiales (3), de permanecer espectador del combate que acababa de comenzarse otra vez. Los indios habian vuelto á salir de los bosques, creyéndose seguros esta vez de exterminar hasta el último de los extranjeros; pero excitados los castellanos por el Adelantado y Diego Méndez, les

(1) Diego Méndez. — «Pero ninguno dellos volvian porque quedaban allí cortados brazos y piernas y muertos á espada.»—*Relacion hecha por Diego Méndez de algunos acontecimientos del último Viaje del Almirante don Cristóbal Colon.*

(2) «Al Lombardo Achiamato Bastiano, fuggendo furiosamente per ascondersi in una casa, disse Diego Mendez torna, torna, in dietro Bastiano! ove vai?»—Fernando Colombo, *Vita dell' Ammiraglio*, cap. xcviII.

(3) «Essendo egli dimandato ed anco da alcuni ripreso del non dare aiuto a cristiani...» — Fernando Colombo, *Vita dell' Ammiraglio*, cap. xcviII.

rechazaron con tanto vigor que huyeron precipitadamente á sus guaridas, sin que volvieran á la carga en todo el día. Tres horas habia durado aquella accion siempre muy empeñada.

Solamente despues de ella se ocupó el Adelantado de su herida.

Diego Méndez, que sabia las astúcias de que se valian los indios, avisó al capitán Diego Tristan el peligro que corria remontando el río, miéntas que los guerreros, reunidos todavía, ocultos en las yerbas de la orilla, acechaban todos sus movimientos sin que él lo recelara, y podian cercarle repentinamente con su escuadrilla de canoas. El capitán de bandera quiso ejecutar las órdenes recibidas, á todo trance. Continuó navegando con bravura hasta un sitio en donde el agua, que ya era dulce, podía fácilmente ser recogida en los barriles. Allí las dos orillas se aproximaban mucho más, y los árboles gigantescos de las dos líneas extendian sus brazos los unos hacia los otros, como si quisieran juntar sus ramas. Miéntas se disponian para bajar á tierra, el sonido de los caracoles resonó en el fondo del bosque.

De todas las sinuosidades del río se vieron salir al punto canoas hasta entónces escondidas debajo de las ramas bajas, igualmente tripuladas todas por tres indios, un remero y dos arqueros provistos de arcos y flechas. En un momento se vió cercada la lancha. Llovian dardos no sólo de las canoas, si que de detras de cada uno de los árboles de la orilla. Casi todos quedaron heridos á la vez. La lancha no llevaba sino tres hombres armados, que parecieron quedar paralizados ante aquel repentino ataque, aquellos gritos horribles é ilimitado número de enemigos. Diego Tristan les alentaba; aunque estaba tambien herido, y mostró prodigiosa calma y heroica presencia de ánimo. Mas un dardo se le clavó en el ojo derecho, y atravesándole la órbita, le dejó muerto en el acto. El tonelero Juan Noya, herido en un costado se dejó caer al río. Nadando á flor de agua, consiguió escaparse y volvió al campamento español á contar el desastre; la noticia llenó á todos de consternacion. Viéndose reducidos los castellanos á tan pequeño número y casi todos heridos, rodeados de tan fieras tribus salvajes, se precipitaron á la carabela, y quisieron huir, sin hablar de ello al Adelantado, cuya inflexibilidad conocian. Pero el agua no estaba bastante alta, por lo que no pudieron hacer salir del río el *Gallego*, y se vieron obligados á volver á su peligroso puesto.

Al anochecer entró la lancha del *Gallego* con los hombres que habian ido á despedir á los de las carabelas. La mañana siguiente, intentaron ir con la lancha á pedir al Almirante que les socorriera y se los llevara; pero la violencia del mar les impidió pasar la embocadura. Para colmo de afliccion, la corriente del río arrastró á su vista los cadáveres de sus desgraciados compatriotas, mutilados cruelmente por los salvajes. Cuervos voraces y hediondos buitres atraídos por la putrefaccion tan acelerada en aquel clima, hundian sus garras en aquellos restos

desfigurados, que devoraban aleteando y lanzando gritos de alegría en su horrible festín.

Exaltados los indios por la presa de la lancha, comenzaron otra vez el ataque del campamento español. La espesa vegetación que le rodeaba les permitía acercarse sin ser vistos, y con el sonido ronco de sus caracoles, sus tambores de madera y sus feroces gritos, tenían en incesante alarma á los extranjeros para fatigarles. Con el fin de remediar tan triste situación, estableció el Adelantado el apostadero en una meseta descubierta, donde se hizo una especie de reducto con tablas, tierra y barriles, en cuyo centro se colocaron las provisiones y municiones de guerra. En los dos puntos más expuestos se colocaron dos falconetes de latón, en buen estado, y con algunos disparos mantuvieron al enemigo á respetuosa distancia. Con todo, los españoles se encontraban, por decirlo así, bloqueados en aquella soledad.

§ II.

Entre tanto sufría el Almirante mortales angustias. Hacia ya diez días que esperaba en vano la vuelta de la lancha. Con el presentimiento de alguna desgracia, varias veces había enviado el bote bien armado para que fuera en busca de la lancha y procurara traerle noticias del campamento; pero siempre la violencia de la resaca en la embocadura había impedido á la embarcación seguir adelante, y no había podido volver á la *Capitana* sino corriendo grave peligro.

Si bien es verdad que los expedicionarios carecían de noticias de la lancha y de la factoría, con todo estaban confiados de que los indígenas no habían atacado el establecimiento, por no causar la muerte de los cincuenta prisioneros guardados en rehenes á bordo del *Santiago de Palos*. Cada noche eran encerrados los indios en el entrepuente de proa. Cerrábase la escotilla por medio de una cadena con candado, y por mayor precaución, se acostaban algunos marineros sobre su tapa, bastante elevada para que los presos no hubiesen podido alcanzarla. Una noche, en lugar de correr la cadena y cerrar el candado, se contentaron los marineros con arreglar su cama sobre la escotilla. Observando los indios aquel olvido, amontonaron sin meter ruido las piedras que servían de lastre, subieron encima del montón, llegando de esta manera á la altura de la tapa, y á una señal convenida, con un esfuerzo simultáneo, la levantaron bruscamente, echando al suelo á los marineros que dormían encima, y la mayor parte tuvieron tiempo de arrojar al mar por encima del empalme, antes de que, vueltos en sí de su sorpresa los marineros, hubiesen dado gritos de alarma. Los indios que no consiguieron

escaparse fueron otra vez bajados al entrepuente, pero aquella vez los mismos oficiales cerraron el candado. El día siguiente, cuando se abrió la escotilla para orear el entrepuente y dar el rancho á los presos, no se encontró ni uno solo vivo. Ciegos de desesperación, se habían estrangulado todos con unos cabos de vela olvidados en un rincón.

Aumentóse la inquietud con aquella fuga, y los numerosos suicidos añadieron nuevos horrores á la situación. Temióse que los indios fugados del *Santiago de Palos* hubiesen inducido á su jefe á atacar el establecimiento español. El ejemplo de los indios que habían desafiado las olas excitó el ardor de algunos marineros.

El primer marinero de la *Viscaina*, Pedro de Ledesma, del puerto de Sevilla, se ofreció á ir á tierra, si el Almirante le hacía llevar en bote hasta junto la resaca, donde la embarcación esperaría su regreso. Merced á su musculatura de bronce, al vigor de su aparato respiratorio y al hábito del agua amarga, llegó á la playa y entró de improviso en el establecimiento español, donde fué recibido con loca alegría como si hubiera sido su libertador. Diéronle noticia del funesto combate del día 6 de abril, de la suerte del capitán Diego Tristan, de la destrucción de la lancha y muerte de los hombres que la tripulaban. Vió á Juan Noya, su compatriota, único que se salvó de aquel desastre. Todos le encargaron que suplicase al Almirante que les sacara de allí, tomando á Dios por testigo de que si les abandonaba en aquella costa maldita, se embarcarían en el *Gallego* medio podrido y se abandonarían al capricho de las olas, antes de consentir en caer vivos en manos de los salvajes, que les reservaban suplicios espantosos.

Pedro de Ledesma volvió á partir con el encargo verbal del Adelantado. Por en medio de la rompiente de las olas, pudo llegar al bote, y llevóle al Almirante, quien, para recompensar aquel valor admirable y ejemplar, le ascendió en el acto á la categoría de oficial (1).

§ III.

La relación que hizo Pedro de Ledesma sumió á Colón en horrible perplejidad. Sabía que estaban expuestos, sin que pudiera auxiliarles, los hombres que él había dejado en tierra. Tenía entre ellos á su hermano, herido, que sólo podía disponer de una pequeña guarnición diezmada ya por la muerte, abatida por la desespera-

(1) Washington Irving, Humboldt y todos los historiadores de Colón designan invariablemente á Pedro de Ledesma con el título de piloto, desde la salida de Cádiz, pero es un error evidente, porque no debió su promoción sino á la generosidad del Almirante. Hasta entonces estaba inscrito en el rol de tripulación de la

cion, dispuesta á rebelarse y rodeada de una multitud de salvajes furiosos. Las tres carabelas trabajadas en sus amarras, garraban, ó poco ménos; haciendo agua por todas las costuras, no podían resistir una nueva tempestad. Las tripulaciones se entregaban á siniestros temores y él mismo, en el paroxismo de su dolor, se vió acometido de ardiente fiebre. El mar furioso y el cielo inclemente, continuaban en su rigor. Sólo descubría angustia y tristeza entre los marinos, que, completamente desanimados, derramaban lágrimas en torno suyo.

En medio de tan triste desconsuelo, esforzóse Colón por subir á la gavia del palo mayor para ver si descubría en lontananza alguna señal de salvación. Dirigióse hacia los cuatro puntos del horizonte, llamando en su auxilio á los vientos; pero sólo respondió á su voz la lúgubre rompiente de las olas. Cediendo entónces á su tristeza, sentóse al pié de la gavia, como antiguamente el profeta, que caído al pié del enebro del desierto, lacerada el alma, pedía al Señor que le sacara de este mundo. Sin embargo, Colón no murmuró, ni expresó ningún deseo. Su abatimiento fué demasiado grande para derramarse en palabras. Exhaló gemidos interiores, y absorto en sus presentimientos, pasó insensiblemente de la vigilia al sueño, sin haberse borrado de su imaginación la idea que le ocupaba. La aficción asediaba su alma adormecida, cuando distinguió «una voz compasiva,» cuyas palabras intentaremos reproducir con escrupulosa fidelidad, aunque desesperamos de traducir al francés, con su enérgico laconismo, la noble expresión y natural grandeza del carácter español (1).

Esta voz le decía:

«¡O! ¡estulto y tardo á creer y á servir á tu Dios, Dios de todos! ¿qué hizo él más por Moisés ó por David su siervo? Desque nasciste siempre él tuvo de tí muy gran cargo. Cuando te vió en edad de que él fué contento, maravillosamente hizo sonar tu nombre en la tierra. Las Indias, que son parte del mundo, tan ricas, te las dió por tuyas: tú las repartiste adonde te plugo, y te dió poder para ello. De los atamientos de la mar Océana que estaban cerrados con cadenas tan fuertes, te dió las llaves; y fuiste obedecido en tantas tierras, y de los cristianos cobraste tan honrada fama. ¿Qué hizo por el más alto pueblo de Israel cuando le sacó de Egipto? ¿ni por David, que de pastor hizo Rey en Judea? Tórnate á él, y

Vizcaina, en calidad de marinero de primera clase. Figuraba el primero en la clase de los *marineros*; pero ni su nombre ni ningún otro semejante al suyo constaba en la lista del Estado mayor. Más adelante, no contento Pedro de Ledesma con su título de Piloto, se dió el de Capitan Comandante de la *Vizcaina*. En la Información del Fiscal hecha en Sevilla á los 18 de marzo de 1513, se lee:—«Pedro de Ledesma, piloto, declaró que fué en el viaje por capitan y piloto del navio Vizcaino, etc.»—*PLEYTO. Probanzas del Fiscal. Pregunta 9.*

(1) El autor produce por vía de nota el texto español, encabezado con estas líneas: «Para honra de la literatura española, y á fin de dar exacta idea de la majestuosa dicción de la voz que oyó en su sueño el Revelador del Globo, reproducimos el texto de las palabras que nos dejó escritas.»

«conoce ya tu yerro: su misericordia es infinita: tu vejez no impedirá á toda cosa grande: muchas heredades tiene él grandísimas. ¿Abraham pasaba de cien años cuando engendró á Isaac, ni Sara era moza? Tú llamas por socorro incierto: responde, ¿quién te ha afligido tanto y tantas veces, Dios ó el mundo? los privilegios y promesas que da Dios, no las quebranta, ni dice despues de haber recibido el servicio que su intención no era esta, y que se entendía de otra manera, ni da martirios por dar color á la fuerza; él vá al pié de la letra: todo lo que él promete cumple con acrescentamiento. ¿Esto es uso? Dicho tengo lo que tu Criador ha fecho por tí y hace con todos. Ahora medio muestra el galardón de estos afanes y peligros que has pasado sirviendo á otros.»

«Yo estaba, dice Colón, como medio muerto oyendo todo eso; pero no supe hallar ninguna respuesta á unas palabras tan verdaderas: no pude hacer más que llorar por mis yerros. El que me hablaba, quien quiera que fuese, terminó diciendo: «No temas, confía: todas estas tribulaciones están escritas en piedra mármol, y no sin causa (1).»

Aquí hacemos alto.

La admiración detiene nuestra pluma. Al copiar estas palabras referidas por el mismo Colón, con su sorprendente y encantadora ingenuidad, se apodera de nosotros un respeto indefinible. En la oscuridad de aquella visión parece brillar un reflejo del Horeb ó del Sinai: créese estar oyendo personalmente el misterioso monólogo que justificaba á la Providencia en el concepto de su enviado. El relato de esta consolación celestial que se sucede entre superiores interrogaciones y descubrimientos de los íntimos pliegues del corazón es superior á toda comparación moderna. Necesitamos remontarnos á los cedros del Libano, sentarnos á la sombra de las palmeras de los profetas, sentir la sagrada poesía del Jordán para encontrar tanta energía en medio de tanta elevación y grandeza. ¿Quién oyó nunca en el mar palabras de semejante majestad! ¿Se concibe por ventura un lenguaje de mayor sublimidad y de más digna sencillez? De buena gana diríamos con M. Villemain: «Es necesario cerrar el siglo décimo quinto por esta visión sublime á la que nada le falta: el genio, el entusiasmo y la desgracia de un grande hombre (2).»

Pero á la par que reconoce la escuela protestante la elevación y poesía de estas inimitables líneas, quiere ver en ellas la obra de la astucia ó el producto de un delirio calenturiento. Se le hace sospechosa la sinceridad de la visión, y reduce el

(1) «No temas, confía: todas estas tribulaciones están escritas en piedra mármol, y no sin causa.»—*Cuarto é último viaje de Colón.*

(2) Villemain, *Tableau de la littérature au moyen âge*, tom. II.